

La Oración del Huerto.

Llego en Occidente la tarde más bella
su túnica de oro de rosas ceñida,
velando su frente como una doncella
que cierra sus ojos al sol de la vida.

Tendieron las nubes sus velos livianos;
y, oculta su frente de nácar en ellos,
perdido en el aire su beso de hermanos,
batían sus alas espíritus bellos.

Del Hijo del Hombre siguiendo la senda
poblaron en torno los bosques dormidos,
y abrieron sus plumas formando una tienda
cual aves cansadas que cubren sus nidos.

Al viento que esparce la voz del torrente
oíase apenas, melódica y grave,
la nota perdida de un salmo doliente
de voz que no expresa su origen ni clave.

En áspera roca la débil rodilla,
al Cielo sombrío su frente de cera,
y un nimbo dudoso de luz amarilla
cercando su blonda sutil cabellera,

le vieron al Cristo, cual flor que desmaya,
al cálido soplo de horribles dolores,
sus brazos abiertos buscando una playa,
sus ojos un astro de eternos fulgores.

Acaso buscaba su tienda de armiño
que baña en la aurora flotantes doseles,
do gozan al beso de santo cariño
su infancia de rosa los ángeles fieles.

De un alba de gloria los dulces arcanos,
de dichas y amores la historia querida,
las flores abiertas en cielos lejanos
que ciñen del Justo la sien dolorida.

Mas ora en las nieblas de lóbrego ambiente
la hiel apuraba del misero suelo;
un hilo de sangre corría en su frente,
y su hondo suspiro volaba a su Cielo.

Su voz era arrullo de herida paloma
que va solitaria buscando un abrigo;
un pecho que ofrezca su aliento de aroma,
su abrazo de hermano, su beso de amigo.

Y en vano tres veces la voz de agonía,
un eco buscaba de amores despiertos;
la voz resonaba, y el hombre dormía
más sordo y esquivo que fueran los muertos.

Tendido en un borde del triste camino
el polvo que duerme sus llantos olvida;
leyendo en un sueño su vago destino
sus ojos aparta del sol de la vida.

Piloto que al viento confía su barca,
Simón ha cerrado sus ojos al sueño,
soñando un arribo de ignota comarca
de cielos azules y campo risueño.

Ve en ella leones que amagan un salto;
ve tribus forzadas con dura cadena;
banderas caídas y espadas en alto,
y arroyos de sangre corriendo en la arena.

Y Juan, que visita dorados espacios
batiendo a una brisa sus alas de pluma,
contempla ciudades de ricos topacios
cual islas de flores con orla de espuma.

Marmóreas almenas de alcázares bellos
que un arco de lumbre boreal ilumina,
do moran ancianos de niveos cabellos
que cantan la estrofa del aria divina...

Feliz navegante y audaz peregrino,
el Hijo del Trueno cruzaba una tierra
bravia y salvaje, do va sin camino
sonando a los vientos su trompa de guerra.

Y mira legiones de hirsutos guerreros
lanzar sus corceles en son de batalla;
adornan sus frentes penachos ligeros
y cruces bermejas sus cotas de malla.

Con eco más débil, con roce más leve
que flor agitada por soplo furtivo,
llegó deslizando su planta de nieve
el Angel que al triste suspiro se mueve,
el más silencioso y el más pensativo.

De mustios cipreses tejío su guirnalda
do brillan a trechos sus lágrimas puras;
ostenta su cuello joyel de esmeralda,
y el pliegue sonoro que ondea en su falda
borrados matices de flores oscuras.

Del cáliz de muerte que opriime a su seno
reposa en el fondo licor de amargura;
el triste tan sólo gustó su veneno;
está hasta sus bordes de lágrimas lleno,
y el justo que muere llorando le apura.

Vertido en un astro le horada y le quema;
sus montes calcina, sus ríos amarga;
destruye la estirpe cobarde y blasfema,
y el mundo solloza bajo un anatema
que abruma su frente cual fúnebre carga.

En él puso el Cristo sus labios sin vida
y en Tierra dio al punto gustadas sus hieles,
colmada de ultraje su faz dolorida
por cárdena mancha de un beso homicida
y el torvo saludo de labios infieles.

Las húmedas brisas cargadas de aromas
trajeron rumores de voces sañudas,
fulgores lejanos cruzaron las lomas,
y huyeron del bosque las blancas palomas
al ruido siniestro del paso de Judas.

FRANCISCO DE ITURRIBARRÍA

